

# BOMBON · JOAN PRATS · NOGUERASBLANCHARD

# F O N T E T A

PARAR LA FRESCA

Joan Brossa, Hannah Collins, Anne-Lise Coste, Bernat Daviu, Enric Farrés Duran, Hernández Pijuan, Marine Hugonnier, Chema Madoz, Josep Maynou, Ana Mendieta, Jordi Mitjà, Perejaume, Wilfredo Prieto, Teresa Solar, Antoni Tàpies, Rosa Tharrats.

18.06.2021 – 03.08.2021

CAST

¡Distraídos del mundo, uníos!

El artista es un animal que se distrae  
Aristóteles

*Parar la fresca*<sup>1</sup>, sentarse en la silla —o en la mecedora— y embelesarse. De pronto, sentimos el canto de los pájaros (sedoso, eufónico, oscilante), vemos el trajín lento y holgazán de las nubes, nos fijamos en la farola de la esquina, que hasta hoy nunca nos había interesado. Se abre un nuevo mundo de matices en el mundo de cada día, las caras y las cosas se trastocan, notamos como las alpargatas —o las chanclas— empiezan a pesar y nos clavan en nuestra calle de siempre, diferente pero idéntica a sí misma. Este peso en las piernas y en el espíritu nos obliga a observar con más atención nuestro entorno, a hacer volar la imaginación sin levantar los pies del suelo. Cuando *paramos a la fresca*, cuando nos sentamos y callamos —o hablamos por los codos— y no hacemos nada, pasan cosas maravillosas. De golpe todo es susceptible de convertirse en obra de arte: las noticias del periódico, la espalda del vecino, un cactus o una rama de hinojo. Las piedras levitan y el mar se vuelve un desierto de arena azul. Los pensamientos, blandos y maleables, se filtran por todas partes, se confunden con los árboles, con las fachadas y los tejados, con el calor y las moscas, nos toman el pelo y nos contradicen. *Badar* significa exactamente esto: abrirse, brotar como una flor, y abstraerse, encantarse mirando el mundo.

“*No badis!*”, nos suelen decir cuando somos pequeños. Las prohibiciones de la infancia explican muy bien nuestras manías culturales. *Badar* (mirar las musarañas) nos despista de lo realmente importante: el trabajo. Cuando estamos distraídos no somos productivos (o lo somos de una forma demasiado errática y descontrolada). Incluso la lengua parece darnos la razón. Fijémonos, por ejemplo, en la palabra *badadura*, que significa rendija, corte. *Badar* es una forma de agujerear el tiempo convencional, de agrietarlo y abrirlo hacia nuevas posibilidades. De hecho, sin ir más lejos, el verbo *badar* todavía tiene una tercera acepción: hendir. Horadar la realidad, atisbar la diferencia en la repetición.

*Badar* y *parar la fresca* son dos operaciones hermanas que implican, al mismo tiempo, una concentración y una desconcentración. Esta, diría, es la faceta más revolucionaria del *badar*, la más kafkiana y la más difícil de contar. Cuando miras las musarañas estás y no estás, observas una cosa pero piensas otra, profundizas tanto en la materia que, por decirlo de alguna manera, la materia desaparece, se vuelve abstracta, una entidad completamente nueva. El *badoc* se encuentra en un punto intermedio entre la materia y el espíritu, entre la tierra y el cosmos, en el último peldaño de la metafísica. Su visión de la realidad es tan plana y carente de expectativa que fondo y forma se convierten en una y la misma cosa. El *badoc* emplaza su escalera celestial en el suelo, y, a pie de calle, sin moverse de la silla, viaja y se deja poseer por el universo.

Gabriel Ventura

Gabriel Ventura (1988) es un escritor reversible que es pasea con la misma naturalidad por el arte, el cine y la literatura. En vidas anteriores fue vecino de Serge Daney, asistente de dirección de Maya Deren y heterónimo de Fernando Pessoa. La poesía lo lleva a dar clases, a trabajar con artistas y cineastas, con librerías, galerías y museos, a investigar, traducir y actuar.

<sup>1</sup> Costumbre estival de sacar la silla a la calle o a la azotea cuando el sol empieza a caer y, así, pasar el rato.